
EL PASILLO DEL NÚMERO CUATRO

Como si trece fuera del mes trece, el invierno golpeaba fuerte las construcciones de Pedrantiga. Chorros de agua, que no lluvia, lavaban tejados, calles y terrazas con la furia de un dios pagano ofendido. Los silbidos y el azote rítmico de las gotas sobre los cristales de ventanas y galerías provocaba un concierto alocado que llenaba todos los rincones de la ciudad y hasta el más pequeño callejón sufría la galerna y dejaba que riachuelos de agua corrieran por sus piedras. A ratos menguaba el chaparrón y luego con más fuerza revivía. Entre medias, a las doce en punto, las campanas anunciaban la hora y sus ecos recorrían la villa de punta a cabo.

En la calle del Inquisidor, la solemne casona que había sido sede ocasional del antiguo tribunal ahora custodiaba los varios millares de volúmenes de la biblioteca pública. Por un instante se abrieron las nubes y la luz de la Luna iluminó con su resplandor la fachada, atravesó sus ventanales y bañó con sus rayos las estanterías cargadas de libros. Aquel suelo de madera barnizada los reflejó sobre los estantes y cualquiera que fuese habitual usuario del edificio se habría extrañado si su mirada se posase sobre los rollos y los magníficos ejemplares que descansaban en las repisas de uno de los pasillos, entremezclados con libros más pequeños y de confección más vulgar.

Arrimados a los muros blanqueados de la sala estaban situadas a modo de adorno diversas piedras con relieves, formas e inscripciones varias, halladas en excavaciones que se habían realizado en Pedrantiga. A falta de un museo arqueológico con capacidad suficiente, la biblioteca hacía una doble función. Cerca del extremo donde se deberían encontrar los libros jurídicos descansaba una cabeza pétrea sin rostro. Del otro lado, una losa sepulcral sujeta con un armazón de hierro mostraba unos curiosos signos gremiales. Más adelante, los restos de un escudo de armas con caballero combatiendo a una serpiente descomunal se enfrentaban, pasillo en medio, a una estela funeraria de origen romano. Según se acercaba uno se escuchaba una conversación o acaso una discusión, que parecía versar sobre el misterioso pasillo que se encontraba ante ellas.

—Viejo es el dicho de madres y abuelas, que con los hilos sueltos el diablo hace ovillos —dijo una voz estrepajosa que parecía venir de la cabeza sin rostro—. Abandonados labradíos se vuelven selvas de maleza o descuidados jardines perecen entre zarzas y matojos. Y es que es ley que todo hueco que el orden deja lo llena el desorden. Hay un mandato milenario de recuperar espacios perdidos que hace apoderarse de los lugares dejados por el hombre, a todo aquello que el mismo hombre combatió o pretendió, durante un tiempo, dominar.

—Como explicación breve no está mal —contestó la losa sepulcral y añadió—, pero no es más que la consecuencia de una ley física, la del aumento de la entropía, mi querido calvorota.

—Señora, ya sabemos de vuestros conocimientos físicos y matemáticos y seguiremos creyendo en ellos aunque no sea capaz de explicarnos los curiosos signos que la cubren de arriba a abajo —intervino la piedra del caballero y la serpiente—, pero es necesario explicar lo que la física no alcanza. Pues, aunque sabemos que así fue, desconocemos el día en que el pasillo número cuatro desapareció de la bibliotecas asimilando al ocho los volúmenes de sus estanterías, como se puede ver en ésta, que la clasificación salta del tres al cinco y, sobre todo, ignoramos por qué acontece esto todas las noches a las doce.

—En realidad y en este caso no se dejó el hueco, pues el espacio vacío fue ocupado por los libros del cinco —siguió la cabeza pétrea su discurso—, pero aunque no lo hay en lo material sí existe en lo numérico y los números fueron desde antaño industria de magos y alquimistas, de brujos y de meigas, que cada uno tenía valor por sí mismo y el vacío del cuatro no podía ser respetado por mucho tiempo, que hay cosas que ocurren fuera de la vista de los hombres corrientes, pero ocurren.

—¡Ya! ¡La magia! Y así discurriremos todas las noches sin penetrar en la razón del fenómeno —dijo la losa.

—Escuchad, hermana —dijo la estela votiva— y no critiquéis hasta el final.

—Los libros, por otra parte, tienen vida propia, acaso caprichosa la de algunos de ellos que desaparecen de su ubicación para ser encontrados días después dislocados en otra parte de la sala que no les corresponde. Como si buscasen un asiento mejor —continuó la cabeza—. Otros, poco a poco se escurren entre sus colaterales hasta desaparecer en el fondo de los estantes, que como todas las honduras tienen algo de misterioso. Y así, una parte de ellos, dejan de ser vistos durante largo tiempo por mucho que se ordenen las estanterías o se separen los demás libros en su busca.

—Pues habría que hacer una estadística —contestó la losa funeraria—. A lo mejor así se descubriría que son siempre las mismas obras. Y acaso leyéndolos, más allá del discurso que contienen, encontraríamos algo que los hace comunes y que explicase en parte su afición vagabunda o su intención de permanecer ocultos. Porque hablar de magia es gratuito y podría ser un humano el responsable de tanto misterio...

Antes de que la estela pudiese intervenir una salmodia extraña, como una nana con estribillo cansino, se escuchó en la sala y al poco se hizo un silencio espeso y oscuro como la nada. Se oyó un cerrojo abrirse y luego unos pasos arrastrados, como los de un viejo cansado, que se iban acercando al pasillo misterioso. Los volúmenes encuadernados en piel, los rollos y los pequeños libros más modernos comenzaron a vibrar en las baldas como si iniciasen un baile jubiloso. Pero las piedras, ellas que tanto habían vivido y tanto recordaban del pasado nada vieron ni oyeron. El tiempo parecía haberse parado y en ese intervalo hasta ellas dormían, que grande era el ensalmo que envolvía la sala y poderoso quien caminaba exhausto por aquella madera.

Desde varios meses atrás, todas las noches a la misma hora se repetía la visita y al día siguiente ningún recuerdo quedaba del visitante ni de sus trabajos como no fuesen unos cuantos libros que habían cambiado de lugar.

Tras varias horas, terminado lo que tuviese que hacer, la sala quedó vacía de nuevo. La estela, que antes iba a contestar, lo hizo ahora como si nada hubiera ocurrido.

—¿Un humano? Sí, por llamarlo de alguna manera. Y humanos son quienes podrían hacer esa estadística, pero no nosotras que nada podemos. Pero tú —dijo la estela dirigiéndose a la losa—, que todo lo razones, por qué no te preguntas nunca la causa de que estas noches de invierno sean tan cortas.

Sin que la otra tuviera la oportunidad de responder, un poco de luz del alba penetró por los cristales y, ante el anuncio del nuevo día, las piedras callaron hasta la siguiente noche.

A las nueve de la mañana comenzó a llegar el personal de la biblioteca, ahora bastante disminuido por bajas diversas de catarrros y gripes, y por el gasto apurado de los "moscosos" que a muchos les faltaban por pedir.

Xerome encendió los ordenadores y ritualmente fue cerrando las ventanas que los de la limpieza habían abierto para ventilar. Notó el mismo olor extraño de siempre, pero ya no le dio importancia, acostumbrado como estaba desde hacía meses a aquel aroma que parecía provenir de una mezcla de incienso y detritus. Alto como una torre y de rostro regordete y colorado, este lucense era lo menos parecido a un bibliotecario de novela. Pero gran trabajador y eficiente en su labor le sacaba de quicio el aumento de libros desaparecidos. Venía decidido a averiguar la causa. Aunque las estanterías se alfabetizaban por turno y en riguroso orden cíclico, no eran tantos como antes los libros que aparecían descolocados. Sin embargo a la hora de buscarlos para los usuarios eran demasiadas las obras que permanecían desaparecidas. Xerome dudaba si incluirlas en el listado de pérdidas o esperar unos meses más, porque varias veces dos o tres volúmenes de aquellos se encontraban a última hora en el carro de las devoluciones sin que nadie recordase quien los había devuelto. Al fin y al cabo, en más de una ocasión el lector óptico del código de barras que todos los ejemplares llevaban les había jugado una mala pasada. Emitía el mismo pitido tanto si grababa el libro en memoria como si no. Así, de vez en cuando, algún usuario marchaba con libros prestados que no figuraban como tales en la base de datos.

El primer lector entró en la sala y devolvió los libros que traía. Después se dirigió a las estanterías y un poco más tarde, con varias obras se sentó en uno de los pupitres del fondo y se puso a ojearlas. Xerome lo conocía desde hacía tiempo. Siempre llegaba a primera hora. Repetía las mismas operaciones y, después de dos o tres horas, dejaba varios libros en el carro y se llevaba prestados el resto. Pero obsesionado como estaba por las desapariciones vigilaba a todos los usuarios con la mirada de sospecha de un Hércules Poirot.

Normalmente hasta las once de la mañana no había mucho movimiento, por eso abrió el cajón de la mesa después de sentarse y repasó la lista de desaparecidos. El primero era un curioso ejemplar, "El rastreador", de un tal Ivan Rumkowski, que habían catalogado entre los esotéricos. Xerome no simpatizaba con ese tipo de libros y no lo había ni tan siquiera ojeado, pero recordaba cuando lo había colocado en su estante. De puro estrecho era casi un folleto y al parecer había sido una donación de un usuario unos cuatro meses atrás. Lo que le había llamado la atención era que estaba completamente nuevo, como si no lo hubiera leído nadie. Y eso sólo solía ocurrir si el donante era el autor. En la estantería estuvo poco tiempo pues al pedirlo un lector varios días después ya no fueron capaces de encontrarlo. A partir de esa fecha las desapariciones se hicieron más frecuentes y la lista provisional de pérdidas fue aumentando fuera de lo normal.

Otro que faltaba era una edición moderna del "Libro de las Maravillas" o "Selva deleitosa", de Jean de Mandeville que también contenía la "Navigatio de Sancti Brandanis", de Bénédict. Edición de Siruela que había solicitado más de un usuario y que no aparecía por ninguna parte. Así como el "Lapidario" y "Libros del saber de astronomía" de Alfonso X el Sabio, de Ediciones Orbis, que un investigador había pedido sin que pudiesen complacerlo. La lista no era muy larga, pero sí variada y no se hallaban en su sitio libros de matemáticas, de física, e incluso la "Teoría de la Relatividad" de Einstein figuraba entre los ausentes.

Cuando más absorto estaba Xerome entraron en la sala unos operarios y un técnico para retirar la piedra de la cabeza sin rostro. La trasladaron al vestíbulo de la entrada ya que tenían que trabajar en el cableado eléctrico que pasaba por un registro situado justo encima del lugar donde se encontraba habitualmente. Desde hacía unos días los automáticos saltaban sin razón aparente y según ellos el problema era un cable algo pelado que terminaba en aquella caja. La jornada pasó con el ir y venir de lectores y con el trabajo de los electricistas, que al

final parecía estar terminado aunque la prueba favorable sería si la instalación dejaba de importunar con sus sobresaltos el tranquilo discurrir de la biblioteca pública. Se dejó para el día siguiente el colocar la piedra en su sitio y así quedó en la entrada a la espera de su traslado.

La noche llegó previsible y con ella los murmullos de la conversación interrumpida al amanecer. Con las primeras voces, el pasillo donde se encontraban treses y cincos se metamorfoseó de nuevo y aparecieron sobre sus estantes los rollos y los libros, antiguos y modernos de la noche anterior. Cualquiera que pudiese pasear entre ellos vería que los tejuelos sólo llevaban el número IV y debajo de él otros signos desconocidos. De las cintas que sujetaban los rollos colgaba una etiqueta con las mismas siglas y parecidos grafismos. Uno de ellos, quizás el más grande por la forma en que sobresalía de la balda, era la "Prophetia Merlini", de Geoffrey de Monmouth. Las piedras parlantes podrían observar, si se hubiesen fijado en eso, como el nudo se desataba poco a poco sin ayuda de nadie, pero estaban demasiado ocupadas en su conversación.

—Ya me había fijado en que las noches eran demasiado cortas —dijo la losa funeraria—. Con escuchar las campanadas de las doce y poco después las de las ocho de la mañana sin ninguna otra por en medio, bastaba para sospechar que algo ocurría. Pero no parece haber una razón para eso como no sea el no despertar a los ciudadanos durmientes. Que el sentir las noches más breves puede ser subjetivo y tal ocurre a menudo aunque duren tanto como otras.

—¡Vamos! Que no sabes el porqué y por eso ignoras el problema —contestó con voz burlona la piedra votiva—. Pero el tiempo se acorta, o así parece, y las campanadas no hacen más que corroborarlo, hermana.

—Cómo ha de acortarse el tiempo, yo no lo veo —intervino la del caballero y la serpiente—. Más parece como si durmiéramos a lo largo de ocho horas, al humano modo. Pero nadie puede hacer dormir a quien es de roca, fuerte y duradera.

—El tiempo es relativo y no avanza por igual en lugares diferentes. ¿No habéis oído hablar de Einstein? —dijo la piedra sepulcral con cierto tono de burla.

—En lugares diferentes puede que así sea, ¿pero puede ser distinto para distintos seres en un mismo lugar? —respondió la losa heráldica.

—¡Puede! —sentenció la piedra votiva—. Puede para quien tiene el poder de detenerlo para sí. ¿Nunca escuchasteis nada sobre la "hierbas del tiempo"?

Las doce campanadas sonaron, la salmodia se escuchó de nuevo y no hubo contestación a la pregunta. La cerradura crujió y los pasos arrastrados avanzaron hacia el pasillo misterioso. Si las piedras pudieran ver aquello observarían como la "Prophetia Merlini" se desenrollaba en el suelo mientras otros libros saltaban y se abrían en los estantes con un discreto alboroto. De los demás pasillos salían al lateral algunos ejemplares y se unían a otro, pequeño y delgado, que a modo de capitán los precedía en la marcha: "El rastreador" de Rumkowski. La sala se llenó con aquel aroma extraño que Xerome percibía todas las mañanas. En el pasillo del número cuatro, ahora redivivo, la actividad parecía frenética por el rumor constante de pasar páginas, de abrirse y cerrarse rollos y volúmenes, o de desplazarse de un extremo a otro unos pasos cansinos, pero que no parecían querer descansar.

Pasadas las horas, la sala quedó en silencio de nuevo y al cerrarse la puerta se escuchó una voz pétrea...

—¿Las "hierbas del tiempo"? ¿Poder para pararlo para sí? —contestó la piedra funeraria mientras sonaban las ocho campanadas matutinas—. Valiente tontería.

—No sé si es tontería —añadió la losa heráldica—, pero no parece el caso. Más bien ocurre que a nosotras nos roban ocho horas sin que sepamos el cómo ni el porqué. Y eso tampoco lo explica la relatividad, que todo sucede en un mismo lugar.

—Acaso no —intervino la piedra votiva—. Que nosotras estamos donde estamos y ese pasillo que aparece puede que aquí no esté aunque lo veamos. Que si no es por el poder de las "hierbas del tiempo", será por el de quien nos hurta el tiempo para usarlo en distinta ubicación. Quizás cuando devuelvan a nuestra compañera nos pueda contar lo que acontece fuera de esta sala.

Mientras la piedras hablaban no podían escuchar las otras voces que venían de más allá de la puerta. Después de una exclamación, un repentino fulgor se filtró levemente por debajo de ella y el silencio inundó todo el edificio. Como por una orden súbita, los viejos libros se cerraron o retornaron a sus estantes. Desde los "Quilatados de oro, plata y piedras" de Juan de Arfe hasta el "De mundi universitate", de Bernard Silvestre, pasando por la "Summa Perfectionis", el "Lexicon Alchemiae", de Martin Puland, el "Secretus Máximus" de Delphinus, la "Physika kai Mystika", de Demócrito, la "Historia Mongolorum" de Giovanni da Pian del Carpio, el más moderno "The Names of the Philosophers Stone", anónimo londinense de 1652, y todos los demás, quedaron ordenados y quietos durante unos largos segundos hasta que el enigmático pasillo del número cuatro desapareció de nuevo.

Los libros habituales de ciencias humanas y ciencias puras retornaron a sus puestos y sólo quedó tumbado en medio de la sala "El rastreador", hasta que los primeros rayos del alba penetraron en la estancia. Según la luz iluminaba la pequeña obra ésta se fue arrugando con un crujido extraño que más parecía un quejido sordo. En menos de un minuto era un montoncillo de polvo que se fue disipando en forma de humo negro hasta que no quedó allí más que una mancha difusa en la madera.

Una hora más tarde, Xerome entró en la sala. Al principio notó algo cambiado el lugar, pero no fue capaz de recordar que ya no había aquel aroma que desde hacía meses penetraba en su nariz al comenzar el trabajo. Algunos estantes estaban más revueltos de lo habitual, pero tampoco fue consciente de la repentina aparición de muchos volúmenes que figuraban en su lista provisional de pérdidas hasta el final de la jornada, cuando sacó por la impresora la lista de préstamos del día. Allí figuraban la mayoría y como ningún usuario le había pedido ayuda para encontrarlos, todavía quedó más sorprendido. Lo cierto es que ese día entre el trabajo de los electricistas, el colocar de nuevo la cabeza de piedra en su sitio y las muchas devoluciones que hubo, no había tenido demasiado tiempo para fijarse en otras cosas. Antes de marchar tachó de la relación todos los que habían aparecido y sólo faltaban cuatro, pero dejó para otro día el buscarlos de nuevo.

Con la biblioteca ya cerrada, en la calle del Inquisidor la noche llegó una vez más. En el silencio de la sala parecía que ninguna de las piedras quería hablar hasta que la losa sepulcral no pudo aguantarse más.

—Nada cuentas de lo que ocurre fuera de esta sala —preguntó curiosa la piedra dirigiéndose a la cabeza sin rostro.

—Contaré, pero dejadme un momento que son muchas las cosas que relatar —respondió misteriosa la cabeza.

—Empieza, si te parece bien, por decirnos si allí fuera también pasan las campanadas de las doce a las ocho sin ninguna otra por medio —dijo la piedra del caballero y la serpiente—. Que aquí una vez más así fue.

—No. En la entrada se escucharon todas las de la noche, pero comprendo que en este lugar no fuese así —contestó la piedra sin rostro—. Pues ahora conozco el porqué de ese misterio aunque no sepa el cómo.

—¿Quién entró aquí? —preguntó la estela votiva—. No nos dejes más tiempo en el misterio.

—¿Quién? No revelaré su nombre hasta el día del Juicio en el que todas las piedras estaremos obligadas a hablar —la cabeza hizo una pausa—. Poco antes de las doce la puerta de la calle se abrió y entró una figura encorvada cubierta con capa y capucha. Sus pasos eran lentos y arrastraba los pies al caminar. En ese momento no le reconocí porque iba de espaldas a mí en dirección a la puerta de esta sala. Antes de entrar levantó un cayado y golpeó suavemente la madera dos veces mientras recitaba unas palabras en voz baja, introdujo una llave en la cerradura y cerró después de pasar.

—Dices que no le reconociste —añadió con voz casi estridente la piedra heráldica—, luego le conocías de antes.

—Muchos años atrás, siglos, cuando las naves de los hijos de Mileadh estaban para partir hacia el norte y él subió a la capitana al lado del jefe, mi cara, con su rostro en aquellos tiempos en que fui tallada, le miraba fija desde los muros de la Torre de Breoghaim —continuó la cabeza de piedra—. La cabeza de Donn, el jefe, estaba cincelada sobre la mía y siete barcos debajo para conmemorar la partida. Fue la última vez que le vi, hasta ayer.

—Tengo oído esa historia muchas veces —comenzó a hablar la estela votiva—, ya era una leyenda cuando fui esculpida, pero nunca supe el nombre del jefe de la expedición ni aún menos de quienes les acompañaban.

—Dejemos las leyendas y vayamos a lo ocurrido aquí —insistió la piedra funeraria.

—Lo uno va con lo otro, hermana, —dijo la cabeza sin rostro— que tras cruzar la mar las batallas no sólo fueron a espada. Allí combatieron los vientos, olas contra olas y, después de desembarcar, aves, árboles, ríos y nubes tomaron partido por alguno de los bandos guiados por quienes tenían poder para ello. Ganaron los nuestros, pero las victorias en guerras de venganza otras venganzas engendran. Y si las lanzas se volvieron azadas entre los hombres la lucha siguió más allá de ellos, donde ya ni se acuerdan sus descendientes. Poderoso era en sus artes quien cruzó las aguas y casi tan poderoso el derrotado, que solo tuvo que esperar unos siglos para su revancha.

—¿Ganaron los vuestros, dices? —preguntó la piedra heráldica—. Luego tú estabas allí.

—Estaba él, y el rostro que me grabaron era el suyo —respondió la cabeza mientras una tenue bruma azul dibujó sobre ella la imagen de un hombre enjuto, de nariz aguilena y largas melenas—. El resultado se supo mucho después y se compusieron canciones para recuerdo de las gentes. Canciones hoy olvidadas por estas tierras, pero que antaño sabían hasta los niños.

—Pero sigue contando lo que ocurrió ayer y como lo reconociste —intervino la estela votiva.

—Las campanas sonaron hora tras hora hasta poco antes de las ocho y entonces la puerta se abrió de nuevo y él salió en dirección hacia mí —continuó la cabeza mientras la imagen azulada brillaba con cierta intensidad—. Se bajó la capucha hacia atrás y en ese momento lo reconocí. Su rostro estaba muy avejentado y todos sus cabellos eran blancos, pero aquella cara no podría olvidarla nunca. Parecía agotado y en su mirada no había más que desesperación. Cuando grité su nombre sucedió todo en un instante, enderezó su figura, todo su cuerpo pareció recuperar el brío perdido a través de generaciones y brilló con un fogonazo durante unos segundos, me miró fijamente y mientras sonreía preguntó: ¿Me conoces? No era una simple cuestión, sino una afirmación. El cambio operado en su cuerpo decía a gritos que sí lo conocía y que aquel era su nombre verdadero. No estuvimos mucho tiempo hablando, que ya estaba amaneciendo, pero en esos breves instantes me contó su infortunio y como gracias a mí acababa de recuperar su tesoro máspreciado.

—¿Su tesoro máspreciado? —preguntó la losa heráldica— ¿Que tenías tú que él pudiese desear?

—¡Su verdadero nombre! Lo que él llevaba siglos buscando —respondió la cabeza.

—¿Era amnésico? ¿Padecía Alzheimer? —dijo burlona la piedra sepulcral. —¡Bonito tesoro...! ¡Su nombre!

—Pareces necia, hermana —contestó airada la cabeza mientras el rostro que la adornaba mostraba una expresión feroz—. Nada se te pegó de quienes te hicieron ni del hombre que yacía bajo tu peso. Estás toda cubierta de signos gremiales de canteros y hablas con la imprudencia y el vacío de un canto rodado. Aparentas saber ciencia o acaso medicina, pero eso sólo parece servirte para tus sarcasmos.

—De quien yacía bajo mí nada sé como no fuese todo lo que murmuraban los que me esculpieron —contestó despectiva la losa funeraria—. Despreciables canteros que lo menos malo que dijeron del muerto fue motejarlo de engreído y borracho. Ellos siempre presumiendo de secretos arcanos, de artes ocultas y cosas similares y poco más sabían que algo de trigonometría y luego darle al martillo y al cincel. ¿Qué iban a poder enseñarme esos? Más aprendí cuando me usaron para el suelo del claustro de la Universidad. Allí sí había sabios y no brujos de medio pelo ni canteros supersticiosos.

Mientras las piedras discutían se escucharon cinco campanadas. Con el interés de la historia y el ardor de la disputa no se dieron cuenta del paso del tiempo ni de como en aquella noche, hora tras hora, las campanas se escuchaban con regularidad. Después del último aldabonazo intervino la piedra heráldica para imponer paz.

—Ya son las cinco y si ustedes no dejan accesorias peleas, llegará el alba y tendremos que esperar a mañana para saber el resto de la historia.

—Siga contando, por favor —añadió la estela votiva.

—Tras varios siglos de paz, alterada sólo de vez en cuando por pequeñas disputas entre reyezuelos, llegaron a la isla las primeras invasiones de los normandos. Con ellos vino el viejo enemigo, pero oculto tras una apariencia distinta —continuó la cabeza—. Fue un gran error del maestro el confiarse y creer que su contrario recién llegado era muy inferior, pues eso era

precisamente lo que éste pretendía que creyese. No había olvidado su expulsión de aquella tierra y volvía con deseos de vengarse.

—No nos has dicho el nombre de esa tierra —preguntó la piedra heráldica.

—Isla de Erinn fue llamado en aquellos tiempos, el reino que conquistó Donn, nieto de Mileadh. —Y siguió con su relato la piedra sin rostro—. Como lo hizo no lo sé, pero el nigromante consiguió robarle el nombre, el nombre verdadero, el que sólo él mismo conocía y acaso alguno de sus amigos. A partir de ese momento, durante siglos vagó con el conocimiento de lo que era y de los poderes que había aprendido, pero desconocía quien era y por lo tanto no podía utilizar todo lo que le era más propio y personal. Sabiéndose con poderes buscó por todas partes quien le conociese de verdad, pero no conseguía escuchar nada más que los muchos nombres que diferentes pueblos le habían dado.

—¿Y cómo acabó por esta biblioteca? —preguntó la estela votiva—. ¿Acaso esperaba encontrar a alguien en este lugar?

—No. Pero en lo últimos años de su lucha decidió investigar sobre obras que acaso hubiese escrito él o en las que otros le pudiesen mencionar —respondió la cabeza sin rostro—. En todas las bibliotecas por las que pasaba utilizaba el vacío del número cuatro para acumular los ejemplares que le interesaban leer. Así lo encontraría el hechicero hace unos años hurgando en una vieja biblioteca, sin que el maestro le reconociese. Le regaló un libro que le ayudaría a buscar obras relacionadas con su indagación, pero lo que verdaderamente hacía era impedir que encontrase todo aquello que pudiese darle una pista.

—Y los rollos y viejos libros que aparecían en el pasillo, de dónde provenían —preguntó la piedra funeraria, con voz calmada y ahora exenta de ironía—. Nunca los había visto antes.

—Lo poco que sé es que fueron quemados antaño en este mismo lugar —continuó la cabeza—. Pero aún se conservaban sus títulos verdaderos y de alguna forma el maestro los recuperó temporalmente, que no todo se pierde con el humo y la ceniza.

—¡Tanto trabajo para acabar salvado por una piedra! —exclamó la losa sepulcral.

—Largo trabajo y pesado que sin embargo le trajo hasta mí —siguió la cabeza pétrea—. El esfuerzo, la tenacidad y la paciencia no siempre se miden por los resultados aparentes. Si hubiese desesperado en su búsqueda quizás estuviese todavía vagando sin nombre por el mundo. Pero perseveré y conmigo no contaba el enemigo. Una cabeza de piedra con el rostro borrado por las arenas del mar. Lejos estaba de imaginar que podría existir hoy una imagen pétrea de su adversario, y que esa piedra pudiese recordar el nombre secreto que él había robado. Pero bastó nombrarlo una sola vez para que el hechizo fuera roto. Después de recobrar su ser verdadero y la cordura, dejó en mí esta aura para que vosotras podáis contemplar el rostro que una vez tuve, y se marchó con paso alegre, sin arrastrar los pies, con una renacida juventud, para continuar su largo combate contra el mal.

—Tu historia explica mucho —dijo la piedra heráldica—, pero no queda claro el porqué de no escuchar las campanadas entre las doce y las ocho.

—El porqué estaba en el libro maldito. De alguna forma nos dormía —contestó la cabeza de piedra—. El hechicero había sido "file" antes que brujo y ante sus aburridas canciones cuentan que se dormían hasta las piedras. Parece que de su mal arte supo sacar industria provechosa para sus fines. Acaso no deseaba que viésemos los manejos de su libro y se

los contásemos al maestro, pues no ignoraba que su oponente sabía hablar con las piedras y gustaba de escucharlas.

—¿Y sus golpes en la puerta y las palabras que musitaba? —preguntó la estela.

—Nada más prosaico que conjurar las alarmas, que no debían sonar si deseaba pasar desapercibido —respondió la cabeza.

—Menos mal que no se dedica al robo, que no habría forma de impedírselo si lo hiciese —contestó socarrona la piedra heráldica.

—¿Nunca nos dirás su nombre? —preguntó la estela votiva.

—Ni puedo ni debo —dijo la cabeza—, que aunque a estas horas el hechicero ha recibido su propia medicina y ha olvidado el nombre del maestro, podría intentar recuperarlo. Solo puedo decir que entre su muchos títulos está el de "Quien buscó siete veces la paz". Y no se diga más.

Los ocho toques del amanecer recorrieron la ciudad y cuando la luz penetró en la biblioteca las voces se acallaron con el nuevo día.

Aquella mañana Xerome descubriría que habían aparecido tres de los libros que faltaban colocados correctamente en sus estantes. Del cuarto nunca más se sabría.

Mientras las calles recuperaban el bullicio habitual de un día de trabajo, en las afueras de la ciudad un hombre con indumentaria de peregrino, cayado en mano y zurrón en bandolera, abandonaba la villa con paso decidido y una expresión alegre en el rostro.

© JOSÉ PUENTES. AGOSTO DE 2006.